

LIBRO UNO  
*Thomas o el pecador*



Hay gente rica que posee villas de aspecto victoriano, un poco más allá, hacia el oeste, hacia Penzance. En el extremo de Cornualles. Las visitan en agosto, aprovechan los días soleados, toman el té en terrazas de columnas rodeadas de hiedra.

En Saint Mawes se organizan regatas cuando llega el verano y las corrientes del golfo Stream lo permiten. Se ven veleros blancos que avanzan por el agua a toda velocidad y mujeres jóvenes que aplauden indolentemente desde las riberas.

Hacia Fowey hay calas rocosas que hacen las delicias de los bañistas. Lenguas de arena donde los niños retozan.

Pero Falmouth no es así.

De ninguna manera.

No es una estación balnearia apreciada. En la desembocadura del río, las casas son modestas, y

también las embarcaciones. Por supuesto, a veces el clima es suave, pero es casi por azar, y más abajo, hacia Swanpool, las playas están desiertas la mayor parte del tiempo.

En Falmouth es como si nunca hiciera buen tiempo de verdad. Como si el invierno ganara la batalla.

Yo nací en el barrio de Pendennis Rise, lejos del centro de la ciudad. Nadie puede imaginarse lo que es la periferia de una ciudad que no cuenta para nada. Fue allí donde construyeron la estación. Sin embargo, los trenes escasean, y sobre todo fuera de temporada. Aquí nadie se aventura por casualidad. Los raíles terminan donde comienza la Mancha.

Es en Falmouth donde abdica la tierra, en la verticalidad de los acantilados.

Después está el mar, los barcos, los transbordadores. Me acuerdo bien: tengo ocho años cuando pasan los transbordadores.

Aquí, hasta donde alcanza la memoria, se es pescador o se espera el retorno de los veraneantes

mal informados. En la calle principal se suceden las pescaderías, mientras que, frente al mar, las tiendas turísticas ofrecen cremas solares, tarjetas postales y juegos para la playa. Las cortinas de esas tiendas están corridas nueve de cada doce meses. En los muelles, los pubs son los únicos lugares que están abiertos todo el año.

Lo repito: cuando se remonta el río, se vislumbran viejos pontones de cemento, y restos de buques petroleros abandonados al final de la guerra. Los paseantes que se adentran por la ribera por casualidad, o porque se han perdido, aceleran el paso. A mí siempre me ha gustado el espectáculo de esos barcos rotos, oxidados, destartalados, para los que la aventura terminó ahí, esos cadáveres de la grandeza, esos residuos preciosos e inútiles de nuestros combates. Los navíos encallados son para mí las piezas imponentes y penosas de un decorado de cine.

Bien, ya saben ustedes todo de Falmouth.

Nací en pleno otoño, un día brumoso, en suma, un día como cualquier otro. La niebla está presente casi siempre. Lo cubre todo, nos acompaña, estará ahí hasta el día de nuestra muerte. Este velo sobre nuestros rostros, este gris de nuestras miradas y estas gotas que cubren como perlas nuestros brazos constituyen nuestra única certeza.

Viví toda mi infancia en una de las casas de muñecas alineadas a lo largo de la costa, ya saben, esas casas idénticas entre sí, hasta el punto de que podrías entrar en casa de un vecino sin darte cuenta. Esas casas que poseen miradores y un jardincito. El coche se aparca a un lado.

No tengo edad. Los años han ido pasando y perdí la cuenta. Si sólo contase los años felices, aún sería un niño.

Soy Thomas Sheppard, pero siempre me han llamado Tom. Me refiero a mis padres, a los muchachos que crecieron conmigo, a los viejos, a los comerciantes. Y, por supuesto, a Marianne. Nadie me llama Thomas, salvo mi abuela. Ella no tardará en morir, según me han dicho. Cuando eso suceda, ya no seré Thomas para nadie.

Soy Thomas Sheppard y nunca había salido de Falmouth hasta que los hombres me llevaron.

Hoy estoy de regreso.

No tenía adónde ir.

Estamos en noviembre y reconozco todo a primera vista. Nada ha cambiado, nada cambiará nunca. Todo está fijo, inmovilizado, fosilizado. El tiempo no hace mella. Reconozco los ladrillos rojos, las aceras resbaladizas, las farolas que difunden una luz estriada de lluvia, las calles desiertas, los postigos cerrados, la pizarra interminable, el campanario de la iglesia que se alza como una amenaza. Reconozco los nombres de los barcos, los letreros de los almacenes, los distintivos de los tenderetes; reconozco el fragor de las olas, el silbido de las salpicaduras. Reconozco este olor a mojado, este perfume de borrasca. Reconozco los cuerpos entumecidos, temblorosos, las manos llenas de callos, los rostros austeros, las miradas desconfiadas. Todo es idéntico.

Sin embargo, yo soy un extranjero.

Sí, eso es lo que ha pasado, lo percibo antes de que me lo hagan sentir. Me he convertido en el extranjero. Ya no soy bienvenido. Ya no me parezco a ellos. Ya no soy el hijo de Falmouth.

Es evidente que nadie ha olvidado que un día vinieron a buscarme unos hombres que me llevaron lejos de la ciudad, que los años han pasado lejos de la ciudad. Es otro el que regresa junto a ellos. La gente de aquí, los que no se van, los que no se irán nunca, creen que uno se vuelve distinto cuando lo llevan lejos. Son ellos quienes tienen razón.

Pero lo repito: no tenía adónde ir.

Estamos en noviembre y voy andando en dirección al Gloucester. A treinta metros de distancia percibo la luz fluorescente roja y azul que parpadea y la luz cálida del interior. Al acercarme, constato a través de las ventanas llenas de vaho que esta noche hay poca gente. Sólo el viejo Flanagan, cuyo sitio parece reservado para siempre, dos treintañeros de rostro enrojecido y brazos redondos, que no me son desconocidos pero cuyo nombre no logro recordar, y Carter, que chupa un cigarrillo que se ha liado él mismo. En torno al billar hay otros hombres, en silencio, que han depositado sus pintas en el borde.

En el Gloucester no hay mujeres, no es costumbre. No hay lugar para las mujeres en los pubs. Sería una provocación increíble, una espantosa

vulgaridad. Marianne me acompañó una vez. Se enfrentó a un muro de mutismo y desprecio. Nunca volvió. Al día siguiente las mujeres, en la calle, le dirigieron miradas torvas, ofendidas, reprobadoras. La noticia de aquel escándalo en el pub se había extendido como la pólvora. Le costó varias semanas recuperar el lugar que ocupaba en la extraña sociedad que formaban los habitantes de Falmouth.

De todas maneras, las mujeres no valen nada. Las mujeres no existen. Prácticamente no salen de sus casas; se diría que guardan una viudedad inmemorial; incluso cuando sus maridos están vivos, van vestidas de negro, con pañoletas; se cruzan en la tienda de ultramarinos, no tienen tema de conversación, ven la televisión, zurcen las camisas. Esperan que los días se acaben, y éstos se acaban; que los veranos vuelvan, y éstos vuelven. Saben desde el primer día que nunca se irán de la ciudad, son bienaventuradas por haber encontrado un hombre, uno que ha deseado casarse con ellas, se apiadan de las que se quedan solas en Falmouth, saben que la soledad de esas mujeres no debe de tener fondo, puesto que la suya es ya casi inconcebible.

Los hombres de aquí no son muy habladores. Se dice que son huraños y es verdad. No se confían así como así, y desde luego son hombres de pocas palabras, de pocos gestos. Todo en ellos es economía. También en los sentimientos economizan. Generalmente son rudos, generalmente bruscos. Los abrazos son forzados, brutales los apretones de mano; viriles y breves; los saludos, expeditivos. Sí, así son los hombres de Falmouth.

Me quedo fuera, de pie ante una de las ventanas del Gloucester, bajo la fina lluvia, en medio de esta llovizna pegajosa que adhiere los cabellos a las mejillas. Tengo la ropa calada; la maleta y los zapatos, manchados de barro. Empiezo a sentir el frío que me cala en los huesos. La noche sobre mis hombros.

A escondidas, observo este microcosmos, esa familiaridad de los pubs, esa promiscuidad húmeda y cálida. Un rectángulo de luz naranja se extiende a mis pies. Incluso cuando yo era todavía uno de ellos, ya me mantenía así, fuera, en el borde del rectángulo de luz.

Siempre he mantenido esta postura, que marca un poco las distancias, que margina. Esta expre-

sión que la gente interpreta como cansancio o ironía pero que no es ni una cosa ni la otra, que ni siquiera yo sabría definir, que es mi expresión. Siempre he hecho gala de esta desgana, una especie de insolencia mezquina, una apatía de adolescente algo enfermiza. Siempre me han mirado con piedad o desdén. Lo habitual era que ni me mirasen. Yo era algo despreciable.

Sin duda lo que pasa es que sólo me gusta la periferia, las fronteras, los contornos, los perímetros. Desconfío de los centros, de las evidencias.

Podría regresar a casa, no sería difícil. Me bastaría con bordear la costa, con adentrarme por los caminos que conozco de memoria, por las carreteras estrechas donde aprendí a andar, y retornaría a mi casa de muñecas, sí, la mía, no la de mis padres, que se vendió cuando ellos se fueron, sino la que yo había comprado tras mi boda, aquella cuya puerta atravesé con Marianne en mis brazos, donde nació mi hijo, donde nadie me espera.

No he vuelto a ver la casa desde que los hombres me llevaron, pero supongo que tampoco ha debido cambiar. Una casa no cambia. Se vacía, eso es todo.

Todavía no estoy preparado, me doy cuenta. Prefiero la lluvia que me congela, el barro bajo mis pies ante el Gloucester, el parpadeo del neón sobre mi cráneo, las gotas en mi cara, que no son lágrimas porque yo no lloro. A Luke le impresionaba que yo no llorase. Decía: «Dadas las circunstancias, nadie te lo tendría en cuenta». Me gustaba esa expresión, «dadas las circunstancias», esa manera que tenía de aludir a las cosas sin nombrarlas.

Me dirijo hacia el puerto, no decido mis pasos, más bien ellos me guían. Bajo al puerto como otros vuelven a sus casas, sin pensarlo, sin hacerse preguntas. Voy adonde estuvo mi infancia, adonde se ordenó mi existencia. Avanzo en dirección a los galpones, donde el lío de los cables, donde las cuerdas se entrelazan. Conozco lo resbaladizo de los adoquines, la alineación de las bitas, el casca-beleo de los mástiles por la noche, el polvo de la sal traída de alta mar, el olor pútrido de las aguas estancadas.

Y, de repente, estoy en la infancia. Tengo nueve años y corro por la ribera, únicamente percibo que el suelo está mojado, pierdo el equilibrio. Mi cadera acaba de golpearse contra la piedra y se fractura. A partir del accidente no he podido evitar

una ligera claudicación que provocaba las burlas de mis camaradas pero atraía a las muchachas.

En suma, vuelvo al escenario principal. A los nueve años el decorado ya estaba puesto. Me ha bastado con desplegarlo, dejarme ir. De repente apareció todo: el cuerpo que crece, la adolescencia en medio de los cubos de pescado, los brazos que se hinchan a fuerza de tirar de las redes, la escuela que no sirve para nada, los primeros cigarrillos que uno lía, las cervezas que uno traga al volver de la pesca, las muchachas nada esquivas, Marianne, la casa al borde del mar. Y luego, un día, los hombres que vienen y me llevan con ellos.

Y, luego, Luke.

Os lo explico: Luke es un joven de mirada negra, cara adusta, pero que exhibía su cuerpo cuando hacía calor, en el mes de agosto, y es que el cuerpo deja de existir en el aislamiento, es que los ojos de los demás no reparan en él, es que no hay nada que ocultar, es un montón de carne, pura carne. Es un joven con pecas en los hombros, y sus hombros son anchos. Es un joven de piel virgen y flancos estrechos.

¿Quién va a entender aquí la historia de esa belleza dispersa en pecas por los hombros?

Cada vez hace más frío. Me levanto el cuello, contemplo el mar. Fijo con la mirada un punto que no es nada, que no es un lugar, que está en el horizonte, que fluctúa con las olas, con el cansancio en mis ojos enrojecidos. Escruto la lejanía y pienso que no podía librarme de Falmouth.

Además, nadie se libra. Ni del pasado ni de lo que uno es en el fondo de sí mismo. Estamos anclados en nuestra verdad, de una vez por todas y sin escapatoria posible, acorralados. Luchar o debatirse no serviría de nada. Más vale aceptar la suerte, conformarse. Puede que sea eso lo que ven en mí los que me miran, esa resignación. Quizá mi claudicación se expresa en una lentitud, una manera de aferrarse al suelo, de no poder liberarse. Cuando se tiene, como yo, una pierna que ren-

quea, una cadera que falla, nadie es libre de ir donde le plazca.

En fin, tampoco estoy seguro de que sea sólo un problema de una pierna renqueante.

Por supuesto que es un error volver aquí, que este regreso será considerado una provocación, que no me perdonarán esta insolencia, esta indecencia. Un hombre que ha sido conducido fuera de las murallas tiene prohibido presentarse de nuevo. Y las circunstancias de mi partida me inculpan, me condenan. Podría recordarles que he purgado mi pena, pero es inútil. Para ellos, el tiempo no cura nada, y no hay condena lo bastante larga para el crimen que cometí, para el pecado que arrastro, para mi infamia.

Pues regreso con el pasado, que es mi carga. Lo que sucedió antes de que los hombres de la carretera general viniesen a buscarme es inseparable de mí. Por mucho que yo hubiese cortado todos los puentes, desatado todos los lazos, roto todos los ligamentos, por mucho que me hubiese fabricado una nueva virginidad o una nueva identidad, la gente de aquí no estaría dispuesta a olvidar. Se acuerdan de todo y no me absolverán. No

practican ni la misericordia ni el olvido. La amnistía no forma parte de su vocabulario.